

## CAPÍTULO 5

## La plenitud de sus poderes

A LOS 31 años Anandamayí dejó Dhaka y empezó a viajar abundantemente. Hubo cambios notables en su vida; individuos cultos y familias de buena posición empezaban ahora a reunirse a su alrededor (el principio de una tendencia que venía de atrás de atraer a algunas de las personas más maduras y cultas, que luego serían devotos y discípulos por el resto de sus días). Y la forma de vida distintiva de sus áshrams estaba empezando a concretarse para acomodar al enorme número de visitantes que llegaban, de formas de vida extraordinariamente diversas y de todas las convicciones religiosas. Ellos formaron esa fraternidad de la que Colin Turnbull escribió en 1961: una red de cálida, amistosa y familiar lealtad, que se extiende por comunidades ampliamente esparcidas. Aunque el centro estuviera siempre en Matajé, esta fraternidad-sororidad tejía la intensa espiritualidad de los residentes permanentes en el áshram (los *sádhakas*) con la alegría, la angustia y la tristeza de innumerables visitantes muy característicos, ocasionales unos y habituales otros. Era una vida fecunda, enriquecida por el drama humano y el esfuerzo espiritual de los devotos que trataban de desarrollarse y perfeccionarse a lo largo de los años. Se cuidaban unos a otros y velaban unos por otros en familias en que tres, a veces cuatro, generaciones habían centrado sus aspiraciones en Matajé. Cambios sutiles, profundos, incluso extraordinarios se producían visiblemente en ellos por su *sádhana* y por la presencia siempre atenta de la figura que centraba su atención. Los áshrams dejaban raíces profundas en el tejido social y espiritual de la India.

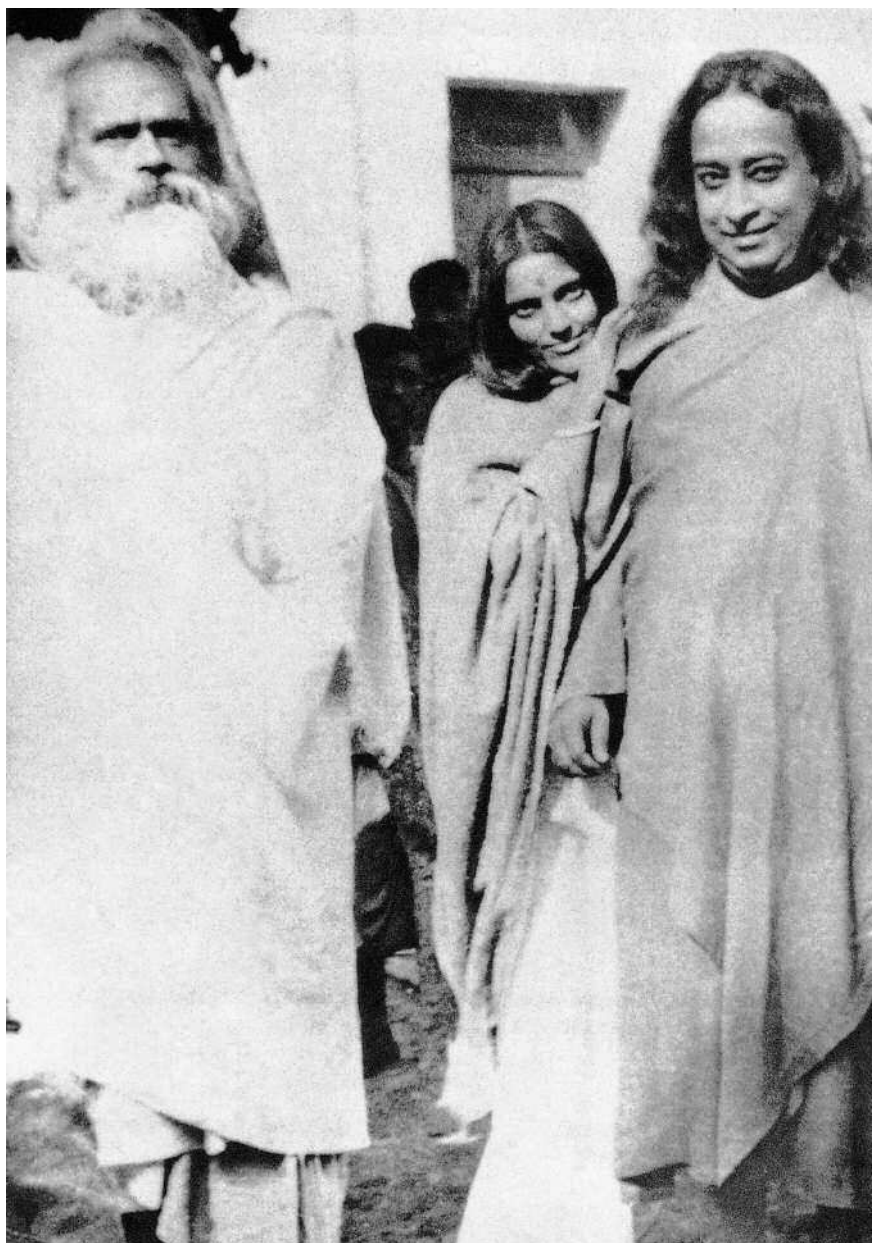
Todo el panorama progresaba milagrosamente a toda velocidad, particularmente en la fase germinal, en la década de 1930, al ritmo establecido por Anandamayí, más o menos espontáneamente, sin ninguna estructura elaborada. Con un núcleo de compañeros valientes, su vida oscilaba entre los extremos de la exposición pública y la vida retirada de ermitaña. Durante las visitas a las zonas urbanas, su fama ya estaba produciendo efectos. Al haberse hecho accesible a todos, atraía a grandes multitudes incontrolables. Después de verla un momento, nadie quería marcharse. En 1928, en una visita a Benarés, se sentó por vez primera en una asamblea abierta y respondió a las preguntas. Hasta ese momento nunca se había sentado de esa manera, y habló extensamente sobre temas profundos a un grupo grande de oyentes. Acostumbrados como estaban a exposiciones rimbombantes sobre temas espirituales, salpicadas con la compleja terminología sánscrita y entreveradas con frases de las Escrituras, sus eruditos interlocutores —teólogos, estudiosos del sánscrito, monjes de alto rango y profesores universitarios— estaban asombrados, como siempre lo están los eruditos cuando se enfrentan no con el brillo intelectual, sino con la Verdad viva. Estaban menos sorprendidos por su lucidez en el razonamiento o su capacidad expositiva que por la posición desde la que se desarrollaba su exposición. Mientras que la postura de los eruditos estaba condicionada por un *esfuerzo hacia* la claridad, ella se movía sin esfuerzo por una corriente de conocimiento *previo*, una posición de certeza inquebrantable sin ninguna referencia a la autoridad de las Escrituras. Lo que ella decía no se apartaba en absoluto de la doctrina que había sido establecida a lo largo de milenios en textos que ellos habían estudiado detenidamente durante toda su vida; ella

no había leído nunca una sola palabra de esos textos, y sin embargo ¡tenía un dominio completo de la doctrina contenida en ellos! Su primera aparición en Benarés ha sido descrita como su «salida». Pero el hecho es que nunca había estado dentro, ¡por eso no había para ella ningún lugar del que salir!

Después de la tumultuosa visita a Benarés, la vida de Anandamayí pasó a ser incesantemente peripatética; pasaría muy pocos días en un mismo lugar, salvo durante un período de seis meses, cuando vivió como ermitaña en las estribaciones del Himalaya con la sola compañía de Bholanath y Bhajji. Aun entonces, estaría rodeada con frecuencia por mujeres aldeanas. Parece como si su costumbre de sus breves estancias en un mismo lugar fuera justamente una manera de manifestar su desapego y reserva de todo posible lazo y de todo vínculo con la vida ordinaria, y la necesidad de no tener ningún tipo de posesión ni propiedad. Ya no se quedaba en las casas de la gente, sino solamente en áshrams, albergues de peregrinos, ermitas o refugios temporales preparados especialmente para ella. Dormía muy poco —y casi siempre durante el día (si a eso se le podía llamar dormir)— y estaba muy activa por la noche, hablando o yendo y viniendo o dando paseos. Cuando envejeció, parece haberse hecho más convencional respecto del dormir, aunque nunca durmió mucho. Habitualmente dictaba cartas por la noche y se levantaba al amanecer para reunirse con la multitud de visitantes más madrugadores que iban a verla antes de marchar a realizar su trabajo diario. Se sentaba siempre en el suelo, pero nunca sobre *ásanas* (esteras) hasta que alcanzó una edad madura. Cuando se tumbaba, lo que hacía muy a menudo y durante largos períodos, se echaba allí donde estaba, aparentemente indiferente a la comodidad. Parecía estar a gusto sin sábana ni almohada, en todo tiempo, con frío, sobre el suelo húmedo o en el polvo, o al aire libre, bajo la lluvia. También caería enferma —muy frecuentemente en realidad— y esto reclamaba una asistencia constante, aparte del problema de tener que alimentarla con lo poco que comía. Nunca se quejaba de estas enfermedades, y decía que las saludaba —igual que saludaba a todos sus visitantes— como manifestaciones del Uno. Había también innumerables historias de sus sanaciones de enfermos o de cuando tomaba la enfermedad de un devoto sobre sí (mientras el devoto se recuperaba inmediatamente). Ella dejaba que todas sus enfermedades siguieran su curso con completa ecuanimidad, y tenía la capacidad de saber por adelantado qué día acabarían. La habilidad y el cuidado amoroso con que personas como Bholanath, Didi y Bhajji la atendían, a menudo en condiciones muy desfavorables, era verdaderamente impresionante. Los relatos de su vida están llenos de detalles y manifestaciones de la continuada y recíproca preocupación entre el grupo de seguidores.

Ella comunicaba constantemente a todos una serie de instrucciones muy prácticas, con una atención meticulosa al detalle, y de algún modo poseía la misteriosa capacidad de conocer y seguir el rastro de cada persona y dónde estaba exactamente cada uno en su camino particular. Conservaba también una memoria «fotográfica» respecto de la *sádhana* de devotos a los que veía sólo de tarde en tarde. Los devotos se contaron inicialmente en varios cientos, pero aumentaron más tarde a muchos miles. Hacía que cada persona se sintiera un individuo único, en su situación particular, con sus penas y esperanzas, totalmente distinto de cualquier otro. La capacidad de Anandamayí para recordar todo esto era tan inagotable e infalible, tan minuciosamente precisa, que

parecía poner en cuestión las nociones humanas de percepción, memoria e intuición. Sea cual fuere la naturaleza de este don, daba la oportunidad a quienes lo observaban de cerca de desarrollar su propia sensibilidad mediante su ejemplo. Durante treinta años Atmananda actuó como intérprete en cientos de entrevistas privadas con extranjeros y con indios que no podían comprender el bengalí o el hindi de Matajé.



*Bholanath (izq.) y Yogananda (der.) con Anandamayí  
(fotografía del archivo del áshram)*

Por eso, tuve la oportunidad excepcional de presenciar muchas entrevistas privadas con personas de orígenes muy diversos. Esto me permitió obtener experiencias directas de la universalidad de la enseñanza de Matajé, de sus innumerables aspectos y facetas. Vi por mí misma cómo la modificaba para dirigirse a la naturaleza de cada persona, y al condicionamiento y necesidad del momento; y, sin embargo, nunca rebajaba el nivel [...]

Traducir conversaciones privadas me dio además la oportunidad de conocer íntimamente a *sádhakas* de varios países, obtener una idea de sus problemas, sus planteamientos. Los compañeros de viaje que se encuentran en el camino a menudo aprenden uno de otro.

En este siglo, ha habido un cambio enorme en la manera de actuar de los grandes maestros espirituales de la India. En primera fila, indiscutiblemente, Anandamayí sentaba las bases del inmenso cambio, en escala y extensión, del papel tradicional del maestro: no le gustaba que la llamaran guru, no confinaba su enseñanza al marco de la doctrina establecida, entraba en contacto directo con una diversidad asombrosa de personas, probablemente viajó más que cualquier maestro anterior de la historia india. Podemos ver cómo se desarrollaron todas estas circunstancias en la primera década de sus viajes. Hacia 1938, después de las muertes de Bholanath, de Bhaiji y de su padre, cada aspecto había encontrado su lugar. Pero aunque su vida incesantemente peripatética seguía la antigua tradición del maestro indio itinerante, emergía gradualmente un modo nuevo de vida.

Entre 1929 y 1935, según el diario de Gurupriya Devi, hizo más de cien viajes de un lugar a otro, a menudo a mil millas de distancia, y esto no incluye un número similar de cambios de residencia más pequeños dentro de un mismo distrito particular. El medio de transporte era la mayor parte de las veces el tren, pero con el tiempo los devotos adquirieron el hábito de poner automóviles a su disposición. También se utilizaban otros medios de transporte, como barcos y carros de bueyes.

Ma dejó Tarapith acompañada de veinte o veinticinco carretas de bueyes con devotos. Era una noche iluminada por la luna y el camino atravesaba una comarca desierta. Salimos después de las 9 de la noche y llegamos a la estación de Rampurhat alrededor de la 1,30. Este viaje a medianoche de Ma y sus devotos fue una experiencia inolvidable. Bhramara empezó a cantar *nama kirtana* con el acompañamiento de un armonio encima de un carro de bueyes. Pronto todos los devotos se unieron a Ma cantando el hermoso nombre de Dios.

Ma estaba en *bhava* apoyándose en mí y caminaba lentamente.

Fue llevada en un carruaje al templo del palacio real [de Jaidevpur] y mucha gente caminaba a su lado. Estaba siendo fotografiada cuando estaba todavía en *samadhi* y llegó a la casa de Prafulla Baba en ese estado. Se hizo mucho *kirtan* en esa casa. Ma estaba en un gran *bhava*. Por la noche, mientras estaba tumbada, hubo un temblor de tierra y la sacaron fuera.

Al principio, ella se limitó a moverse de un lado para otro dentro de Bengala, después fue más allá, a varios lugares del norte de la India, especialmente las estribaciones del Himalaya, ante de emprender dos largos viajes por el sur del país. En el primero de estos viajes fue de un lugar a otro por el lado oriental del subcontinente hasta Cabo Comorín, y desde allí hacia el norte hasta Gujarat. El grupo se detuvo en todas las grandes ciudades-templo del sur, y, dado que Anandamayí era completamente desconocida en esa región, se produjeron muchas escenas extraordinarias cuando la gente, que no compartía con ella ninguna lengua, la saludaba como uno de los suyos. Le mostraron algunos de sus misterios y tesoros más secretos y más cuidadosamente guardados que estaban escondidos en aquellos inmensos complejos de templos. En el

cabo sur, hay un templo de la Diosa Kumari Devi (en la forma de una niña pequeña) justo sobre la playa, y allí las hijas de los guardianes del templo rodeaban a Matajī todas las noches para cantar el himno del *árati*.

En Bengala, Anandamayī era conocida como Manush Kali, la «Kali viviente». En Madurai fue saludada como la Diosa Minakshi por muchedumbres enfervorizadas que esperaban durante horas para poder verla fugazmente. En el Punjab se le dio el mismo lugar de honor que al Santo Granth Sāhab. En las orillas del río sagrado Narmadá fue saludada como Devi Narmadá. Las sencillas mujeres de las montañas de Almora le dirían: «Ahora que te tenemos con nosotras, no necesitamos visitar el templo». Un devoto cristiano señaló: «Ahora tenemos un rostro que poner a Dios». Bīthika Múkerji dice que un periodista irlandés le preguntó: «¿Tengo razón al creer que tú eres Dios?», y Matajī respondió: «No hay nada salvo Él solo; todo el mundo y todas las cosas no son sino una forma de Dios. En tu persona, también Él ha venido aquí a dar *darshan*».

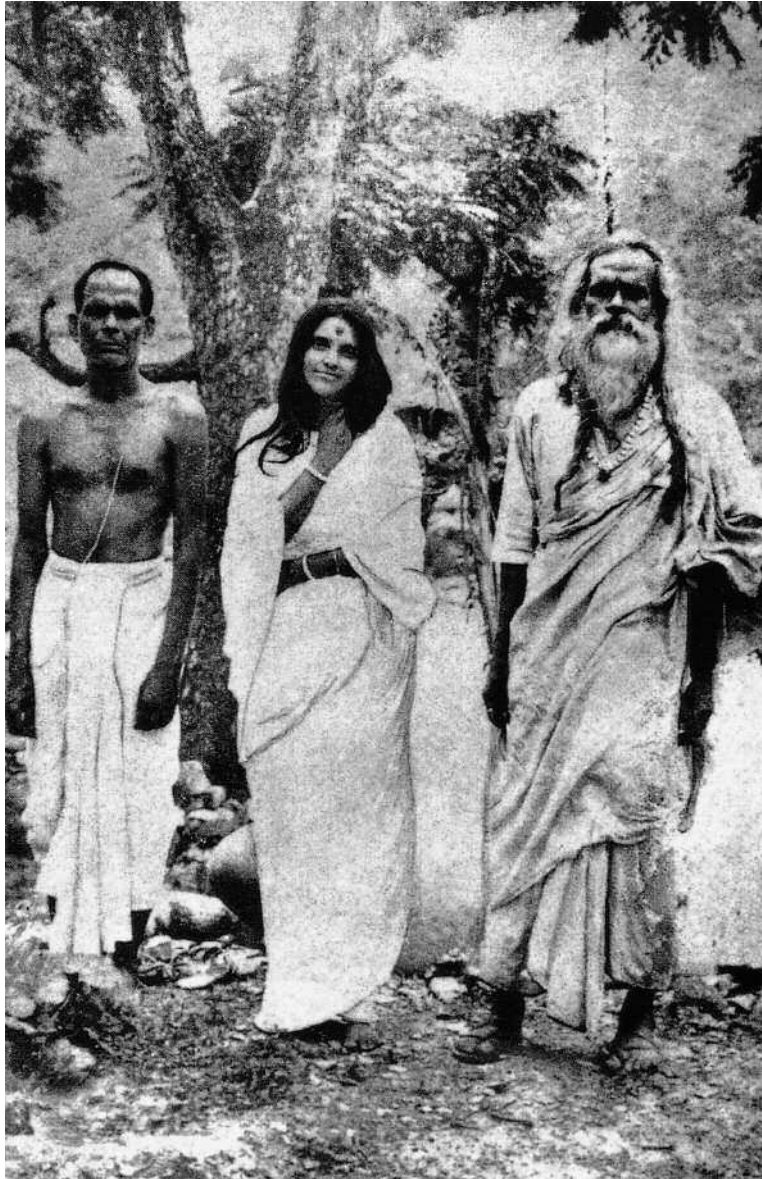
En sus peregrinaciones no había ningún plan fijado, ni se hacían preparativos de antemano, particularmente respecto del alojamiento. Frecuentemente ella y sus compañeros salían sin dinero ni otros artículos de primera necesidad. A veces iban a la estación y simplemente tomaban el primer tren que llegara. Las estribaciones al norte de Delhi —el área que constituye el centro cultural de la región india del Himalaya— fue muy favorecida por ella, y empezó a ser una figura familiar entre la gente de la montaña. Bhajji describe cómo comenzó aquello:

...Me tomé un permiso de cuatro meses. Necesitado de un cambio, estaba buscando un lugar en la montaña. En éstas, el 2 de junio de 1932, sobre las diez y media de la noche, Matajī me mandó aviso por medio de Brahmachari Jogesh y me preguntó si podía acompañarla. Pero yo quería saber dónde pretendía ir. Su contestación fue: «A cualquier lugar que escoja». Yo guardé silencio, y me preguntó por qué callaba. Reflexionaba sobre el hecho de que no podría informar a nadie de todo esto. Así, impulsado por los usos del mundo, dije: «Bien, tendré que coger algún dinero de casa». Ella me dijo: «Coge de aquí lo que encuentres». «Bien», dije con la boca, pero sentía a mi esposa y a mi hijo llamándome desde el corazón: «¿Dónde vas, dejándonos a todos así?»

Sin embargo, con una manta, una colcha, una alfombrilla y un taparrabos, me puse en camino con Matajī y Bholanath. Al llegar a la estación, ella dijo: «Comprad billetes para el final de esta línea». Así que hicimos la reserva hasta Jagannathganj. Al día siguiente, dijo: «Cruzemos al otro lado del río». Desde allí, salimos para Katihar. Ahora me quedaban sólo unas pocas rupias, pero de manera inesperada encontré a un viejo amigo que pudo prestarme unos cientos de rupias y mucha fruta y dulces. Desde allí cogimos el tren a Lucknow, nos detuvimos en Gorakhpur y luego subimos al Dehradun Express. Al día siguiente, después de llegar a Dehradun, descansamos en un *dharmasala* [albergue de peregrinos]. Era un lugar nuevo para mí. Todos éramos extranjeros y todo me parecía nuevo. Matajī dijo: «¡Todo me parece viejo!».

No estaba claro adónde iríamos después. Por la tarde, Bholanath y yo fuimos a inspeccionar y pudimos enterarnos de que cerca de allí había un templo de Kali. Así que fuimos allí y se nos dijo que a unas tres o cuatro millas, en la aldea de Raipur, había un templo de Shiva que era muy solitario y un lugar apropiado para una vida retirada. Por mor de las circunstancias, nos encontramos con un guardián del templo de Raipur. Hablamos con él y luego, a la mañana siguiente, le acompañamos a Raipur. A Bholanath le gustó el lugar. Cuando le preguntamos a Matajī su opinión, dijo: «Resolvedlo vosotros. Para mí, todo lugar es bueno». Desde la mañana del miércoles 8 de junio de 1932, Matajī y Bholanath empezaron a vivir en el templo.

Bholanath se entregó a su *sádhana* incondicionalmente, escribe Bithika Múkerji, mientras Bhaiji intentaba prestar esos servicios que hasta entonces había recibido de sus sirvientes. Barrer y limpiar, lavar la ropa y cocinar un tipo de comida rudimentario era un trabajo difícil para él. A veces Matají le ayudaba, pero generalmente ella vagaba por los alrededores sola, o se sentaba rodeada por las mujeres de la aldea.



*Bhaiji (izq.) y Bholanath (der.) con Anandamayí  
(fotografía del archivo del áshram)*

Matají estableció su áshram principal desde Dhaka en Kishenpur, en 1936, y otros tres más en la zona de Dehradun más tarde, con otros áshrams al pie de la montaña en Almora y Solan. Por iniciativa de Bholanath, se estableció otro en Uttarkashi, donde debía pasar tres años de *sádhana* intensiva lejos de Matají. En 1937, ella emprendió el camino de peregrinación al Monte Kailash a través de la frontera del Tíbet, con

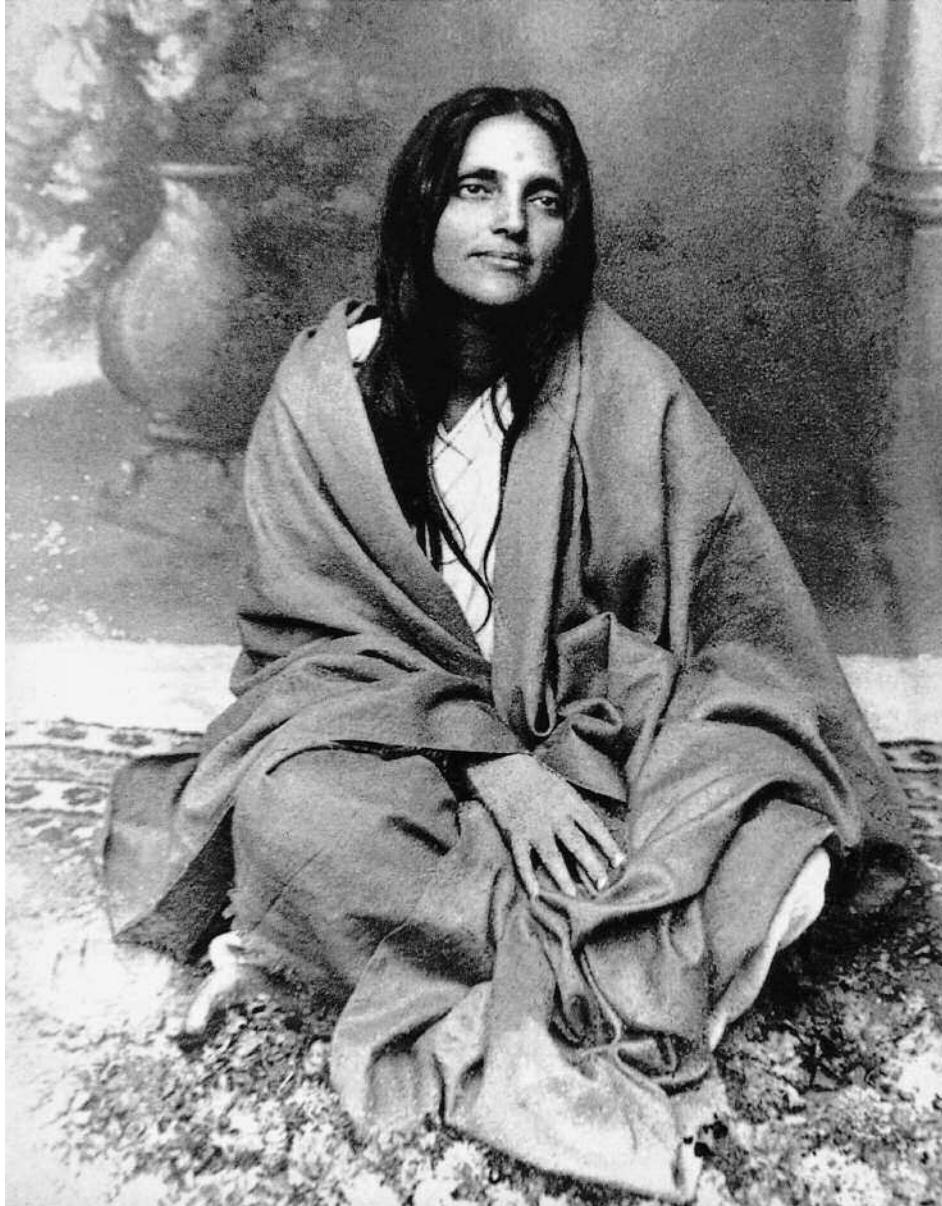
Bholanath, Bhajji, Didi y el padre de ésta. Se mire por donde se mire, ésta es una de las peregrinaciones más duras. Los relatos publicados cuentan cómo el pequeño grupo de peregrinos estaba embargado por un estado de intensa exaltación, oscurecido no obstante por las sombras de problemas inminentes. No lejos de este gran punto focal de peregrinación budista e hindú, junto a la orilla del lago Manasarovar, Bhajji, ahora en una fase terminal de tuberculosis, fue invadido por un espíritu de suprema renunciación. En respuesta, de los labios de Matajī salían espontáneamente mantras de *sannyasa*. Pero Bholanath tuvo que impedir a Bhajji que se arrojara a las aguas sagradas de ese lago encantado de montaña. Con las fuerzas de Bhajji cada vez más debilitadas, el grupo se vio obligado a regresar a Almora, donde murió junto al templo de Patal Devi.

El año siguiente también debía morir Bholanath, aquel gran baluarte de seriedad y tierna preocupación. La relación entre los dos miembros de la pareja es una historia extraordinaria en sí misma. Él demostró gran generosidad de espíritu, estuvo siempre atento a la salud de Matajī, se mostró infatigable en los tiempos de crisis y se ganó el respeto de sus seguidores. Cada uno, por decirlo así, actuaba como un padre para el otro, sin embargo cada uno servía al otro con devoción y humildad. Justo antes de su muerte en Kishenpur, Bholanath llamó abiertamente a su «Ma» y le pidió su *prasad*. Hasta entonces, sólo la consideración por las apariencias le había impedido reconocerse como un niño ante su «madre». La proximidad de la muerte rompió todas las barreras. Pocos momentos antes de que muriera, ella le bendijo tres veces pasando las manos sobre su cuerpo de la cabeza a los pies. Murió con la palabra «Ananda» en los labios, la mano de ella apoyada en su cabeza. Cuatro meses después, cuando el padre de Matajī estaba agonizando, también finalmente dejó de lado cualquier formalidad paternal y la llamó «¡Ma! ¡Ma!».

Kamala Nehru, mujer del futuro primer ministro, Jawaharlal Nehru, se convirtió en gran devota en 1933. Matajī estaba entonces en un pequeño templo en Dehradun, mientras que el Pándit Nehru estaba encarcelado por los británicos en esa misma ciudad. Kamalā visitó a Matajī después de la caída de la noche, y la dejó antes de amanecer. Acostumbraba a entrar en meditación profunda en presencia de Matajī, quedándose su cuerpo muy rígido, con las hormigas andando sobre ella. Más tarde, Matajī la llevó al templo de Ambiká, en Rajpur, donde Kamalā realizó un *yajña* de tres días, un sacrificio del fuego, según las instrucciones de Matajī. En 1935 se puso muy enferma, y Matajī fue a verla dos veces al hospital. Poco después, Kamalā fue llevada a Suiza, donde a menudo tuvo visiones, dormida y despierta, de Matajī. Dio a su hija Indira el rosario que Matajī le había dado a ella. Después de la muerte de Kamalā, en 1936, el Pandit Nehru e Indira visitaron a Matajī en numerosas ocasiones. Mahatma Gandhi tuvo conocimiento de Anandamayī a través de Kamalā; inicialmente, envió a verla a su ayudante de confianza, Jamnalal Bajaj, y luego él a su vez se convirtió en devoto. Después de la inesperada muerte de Jamnalal Bajaj, Matajī emprendió un largo viaje a Wardha para consolar a Mahatma Gandhi. Gandhi quedó fascinado por su poder de atraer a una cantidad tan grande y diversa de seguidores de todas las castas y credos. Ésta fue una cuestión de la que a menudo Matajī discutía con otros; según Gurupriya Devi, una vez le dijo a su madre riendo:



En realidad, no tengo el menor lazo ni relación con nadie. Mira, si hubiera la menor diferencia en mi actitud hacia ti y hacia todos los demás debido a que estamos emparentadas, os habría dejado a todos vosotros y me hubiera marchado hace mucho tiempo. Tengo la misma actitud hacia todas las personas indiferentemente de si son familia de este cuerpo o no. Puesto que no siento ninguna diferencia, estoy con todo el mundo. ¿A quién abandonaré y con quién me quedaré? Todo el mundo es igual para mí.



*Anandamayí en los años 1930 (fotografía del archivo del áshram)*

La naturaleza del ministerio de Anandamayí se basaba en esta igualdad fundamental de todos los que se acercaban a ella. Pero, desde luego, lo que ella veía era una igualdad de «unicidad» tanto como una igualdad de categoría; abarcaba mucho más que la mera «imparcialidad» en los favores o la negativa a hacer distinciones, por ejemplo, entre santo y pecador. Este abarcante desapego no habría significado mucho más que una fría reserva o un falso sentimentalismo si no fuera por su consecuencia más notable: una perspicacia de percepción y memoria en cuanto a lo que la situación espiritual de cada buscador implicaba exactamente, en cada momento, desde dónde se había desarrollado y en qué dirección se movía. Este reconocimiento instantáneo de la unicidad del

individuo era, sin duda alguna, una inspiración espiritual para todos los que se beneficiaban de ella, pero era también una experiencia profundamente emocional; sobre todo, una experiencia de amor inconmensurablemente conmovedora. Incluso la más simple de sus palabras como respuesta a las preguntas tenía una inmensa potencia de reverberación para los receptores.

Había una buena razón, sin duda, para que Mahatma Gandhi, con sus ideas de universalismo igualitario situadas en el contexto de la espiritualidad hindú, deseara descubrir el secreto del enorme interés que despertaba Anandamayí. Los objetivos de Anandamayí no eran en modo alguno opuestos a los suyos, aunque sus raíces espirituales fueran mucho más profundas que las del Mahatma. Lo que es notable en la situación de Anandamayí como «figura pública» —por ridículo que ese nivel pareciera a los que estaban más cerca de ella— es su total desapego de los asuntos mundanos y de todo aquello que en el curso de este siglo tumultuoso ha preocupado tanto a los habitantes del mundo. La lucha india por la independencia, dos guerras mundiales, el Holocausto, el ascenso y caída del comunismo, la revolución científica, la revolución sexual, la revolución feminista, el poder de los medios de comunicación, la crisis de los valores: todo esto ocurrió dentro del tiempo de la vida profundamente «indiferente» de esta mujer que se mantenía al margen de todo eso. Con la marea creciente de materialismo como ominosa amenaza para el modo de vida indio, el momento de la historia en que se desarrolla el tema de este libro casi parece un milagro de cronología. El ministerio de Anandamayí estaba tan firmemente establecido en la verdad que subsiste bajo todas las condiciones y en todas las épocas, que su posición en lo más alto de la cultura espiritual supera cualquier pesimismo a la moda. Por decirlo en pocas palabras, ella es el último tipo de persona a la que uno esperaría encontrar en estos tiempos deplorables. «Que Dios está tan presente en este mundo entregado a la investigación científica como lo estuvo en la edad de la mitología —escribe Bithika Mukerji— es el “mensaje” transmitido por su estancia en la tierra.»

Cuando aquel hombre simple de aldea, Harakumar, su devoto vecino, adivinó prescientemente la naturaleza verdadera de Nirmalá y la llamó Ma, posiblemente no podía adivinar lo que llegaría a ser Nirmalá. Cuando fue más ampliamente conocida fuera de la India, nos podemos preguntar cómo superó el obstáculo menor de un apodo que, para los europeos, tiene asociaciones vulgares con personajes de farsa y un argot machista peyorativo. Por supuesto, «Ma» tiene en la India connotaciones superiores, como en el vocablo mántrico para la Madre Diosa, la Gran Madre, Shakti, Devi, pero es también un término de respeto y afecto profundos para todo lo maternal y todos los aspectos de lo divino en su lado femenino. Cuando el antropólogo Colin Turnbull fue invitado por vez primera por un colega a visitar a Anandamayí, «mis formas occidentales de pensamiento y conducta —escribió— se revolvieron contra la idea de una *mujer santa*» (la cursiva es mía). Desde este reconocimiento revelador, se han producido grandes cambios en la actitud hacia las mujeres y hacia el tema de la espiritualidad femenina; pero incluso en términos globales (y aquí se debe incluir a la India), la imagen de Anandamayí, precisamente como *mujer santa*, no ha sido aceptada fácilmente. Sin embargo, a menos que hablemos del asunto, perderemos una cualidad que es absolutamente fundamental sobre la naturaleza de la *lila* especial y única de

A n a n d a m a y í .

Si, por un momento, lanzamos una mirada algo analítica sobre esta *lila*, es obvio que aspectos importantes de la realidad, como los que cabría esperar de un informe que trate de su vida y de las instituciones que llevan su nombre, no se han mencionado hasta ahora. ¿Qué pasa con la financiación de todos estos viajes incesantes, de todos los áshrams, de todos los costosos *yajñas* y *pujas*?, ¿qué hay del desapego de Matajī por el movimiento de independencia de la India que hizo furor durante la primera mitad de su vida?, ¿cómo se enfrentó con las cuestiones de un mundo materialista dominado por la tecnología?, ¿qué hizo para ayudar a los pobres?, etc... Sin duda cuestiones importantes, pero planteadas de manera que se anticipan e impiden unas respuestas significativas porque ignoran el compromiso anterior de Anandamayī con la primacía absoluta de su única preocupación: el Uno. Ella construyó su vida sobre la predicación de que eso, y *sólo* eso, importa. Si eso no se coloca en el centro mismo de cualquier examen de su vida, entonces nada de lo que logró se podrá ver nunca con precisión.

Como autor de este libro, tomé la decisión de seguir a Bhajji, su primer discípulo, al llamarla simplemente Anandamayī. No Ma, ni Ma Anandamayī, ni Anandamayī Ma; tampoco el políticamente correcto Sri, ni Sri Sri, y, sobre todo, ninguna pintoresca ortografía fonética inglesa, como Shree Shree Anandamayee. Anandamayī es un hermoso nombre para un título por derecho propio y dice todo lo que posiblemente se puede decir sobre ella en una sola palabra, incluidos honor y reverencia. Los más próximos a ella la llamaban Ma con amor y devoción profundos, así como los cercanos a Gandhi le llamaban Bapu. Implícito en el significado de su nombre está su cualidad más grande y resplandeciente: *el amor*.

Ninguna otra persona en la India de su tiempo encarnó el amor de forma tan pura, tan magnífica, tan abarcante, como Anandamayī. Por mucho amor que despertara en el corazón de los otros, el suyo excedía incluso la totalidad de esa suma prodigiosa. Es casi imposible escribir sobre esto, pero hay un aspecto del fenómeno que exige un comentario, aunque nunca haya oído ni leído nada al respecto cuando se habla del asunto. No puede haber escapado a la observación del lector que estamos ante una mujer de una belleza radiante y un gran atractivo físico, para la que cualquier tipo de expresión sexual estaba completamente fuera de lugar. Conservó además su aspecto juvenil durante muchos años. Por otra parte, esta persona se convirtió en el centro de un intenso interés como ser espiritual a una edad en que su encanto físico estaba en su mayor intensidad, que fue objeto de una observación prolongada en condiciones de proximidad física, en un marco doméstico, de muchos devotos masculinos y visitantes curiosos en todo momento del día y de la noche a lo largo de tres décadas, cuando su belleza estaba en su punto más alto. En una época en que el sexo ha sido separado de otros sentimientos, a la manera de un proceso químico que separa un solo elemento de un conglomerado, la visión india más integral de los instintos, sentimientos, emociones y deseos humanos como un todo entrelazado que comprende muchos ramales unidos ha sobrevivido más o menos intacta. Que la sexualidad desempeña un papel muy importante en la espiritualidad india es ahora algo perfectamente sabido, a nivel mundial, en el contexto de la vida cultural contemporánea. El tantra y las esculturas eróticas de los templos son manifestaciones conocidas, no sólo de una tolerancia y un liberalismo notables, sino de una actitud holística que armoniza sexualidad, amor y espiritualidad. El papel de Ma, arquetipo femenino (particularmente bengalí) de

espiritualidad, reúne la perfección erótica de la diosa, sexualidad maternal, espiritualidad, valor, amabilidad amorosa y cariño maternal.

Da la casualidad de que Bengala favorecía una forma de amor místico conocido como *sabhaja*, una *unio mystica*, o conjunción del amor espiritual y el amor físico natural transmutado por aquél. La palabra *sabhaja* puede traducirse aquí como «unión», «espontaneidad» o «ser sin esfuerzo». Supone todo lo que es relajado y natural, abierto o directo. Sin embargo, el logro de *sabhaja* presupone la fuerza y la especial vitalidad del cuerpo que se alcanza a través de una preparación yóguica estricta, rigurosa y prolongada. No se trata aquí en absoluto de plantear ninguna conexión entre el cultivo de *sabhaja* y Anandamayí, aparte de que *sabhaja* es un ejemplo de sensibilidad integral que existe en la cultura india, donde la corriente emocional de la espiritualidad es tan fuerte, tan *totalizadora*, que bajo ciertas condiciones la sexualidad queda incluida en un amor místico omniabarcante. No hay duda de que el yoga y otras disciplinas de *sádhana* tienen la capacidad de hacer de los sentimientos sexuales algo completamente irrelevante, particularmente entre *sádhakas* con fe profunda en los poderes de su guru.



*Anandamayí en los años 1930  
(fotografía del archivo del ásbram)*

Esto no tiene connotaciones moralistas en el sentido occidental, ni hay en ello

ninguna huella de represión puritana. Por esta razón, las ideas occidentales sobre la espiritualidad femenina, incluidas las actitudes cristianas hacia la maternidad y la Virgen María, no se corresponden con la atribución de cualidades maternas a Anandamayí por parte de sus seguidores, que se refieren a ella como «Matajī» para representar la feminidad sagrada que ellos honran en su amada *Ma*.

Se puede observar que la narración biográfica en esta celebración del centenario se detiene unos cuarenta años antes de que el ministerio de Anandamayí terminara con su *Mahasamadhi*. Hay varias razones para ello, y éstas nos dicen mucho sobre el carácter de su ministerio. En el punto en que acaba la *narración* en este libro, necesariamente la *descripción* reemplaza a las convenciones de la biografía; y la descripción más vívida de la vida posterior de Matajī que puedo ofrecer es la colección de fotografías aquí reunidas. Su vida fue su ministerio; no había absolutamente nada más en todo lo que hizo. Es importante subrayar esto, por obvio que pueda parecer, pues la mayoría de nosotros llevamos una vida dividida en compartimentos, escindida, como mínimo, entre «trabajo» y «ocio». Matajī nunca, en ningún momento de su vida, hizo eso, ni por un solo día. Su vida estaba tan completamente ocupada en su atención a los otros que no hay historia que contar. No, al menos, en un relato que pueda ser narrado. Sus dotes incomparables quedaron en la vida de todos los que llegaban a ella. Son las historias de la vida de ellos las que se convierten en la historia de la vida de ella. En realidad, nada prueba tan perfectamente lo acertado de su propia afirmación —«Yo soy siempre la misma»— como el hecho de que no hay *ninguna historia*, pues una historia, como todos sabemos, tiene un principio, un desarrollo y un desenlace. Que yo, y otros, hayamos encontrado el hilo de una historia es consecuencia de la naturaleza de ciertos acontecimientos, todos los cuales apuntan hacia el eje central de todo lo que podemos contar de la vida de Anandamayí: su unión perenne con la *Fuente*, ese místico punto cero de máxima potencia. En efecto, en varias ocasiones, cuando los niños se acercaban a Matajī con libretas de autógrafos, ella inscribiría sólo un punto en medio de la página, diciendo: «Mirad atentamente, pues en ese punto todo está contenido».

Con la narración desplazándose aquí hasta el nivel molecular de la búsqueda espiritual emprendida por cada buscador individual, la historia, tal como es, se convierte básicamente en cuestión de áshrams que van surgiendo y un calendario anual de fiestas, retiros y visitas ocasionales de Matajī a esas instituciones. Por debajo de lo que experimentábamos como convergencias caleidoscópicamente variadas de un movimiento espiritual interior con otras manifestaciones de la *lila* de Anandamayí, estaban los niveles profundos de compromiso. No se debe olvidar que la vida del *sádhika* consagrado implica siempre la superación disciplinada de severas pruebas y el paso por notables dificultades así como momentos estimulantes de total alegría. Atmananda, que dedicó muchos años a poner en claro las enseñanzas de Matajī para los demás, también conocía directamente la experiencia de cómo se siente la aceptación del desafío de esa enseñanza y su puesta en práctica:

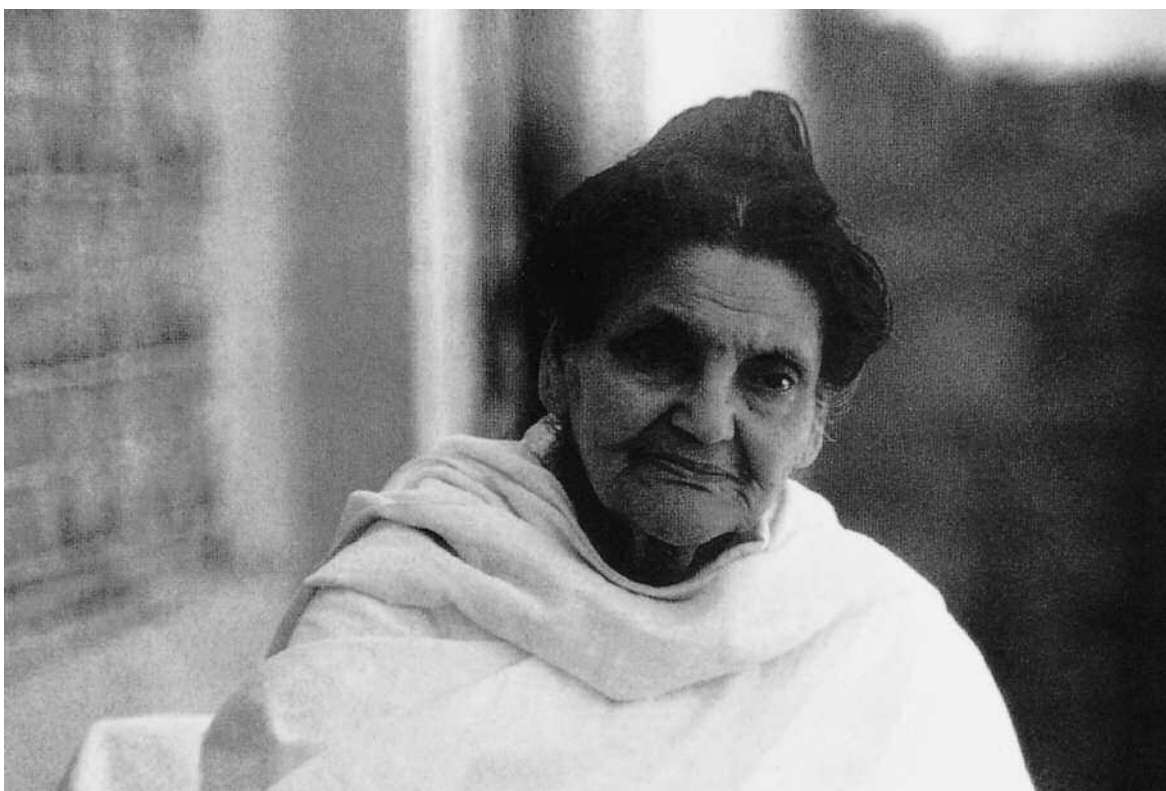
Matajī no da órdenes con frecuencia, y probablemente sólo lo hace con aquellos que por intuición, discriminación y experiencia han establecido en sí mismos una fe implícita en su sabiduría inagotable. Pero cuando las da, el único camino es obedecer sin preguntar la razón de la orden. Junto con la tarea que impone, Matajī transmite el poder de realizarla. Pero a menudo no es fácil. Es una experiencia común que obedecer las órdenes de Matajī

estimula la inteligencia y desarrolla la iniciativa. Requiere gran vigilancia y concentración; de hecho, es como si cada orden estuviera ingeniosamente calculada para sacar el máximo de la capacidad, el valor, el dominio de sí y el poder de resistencia de uno mismo, así como para llevar a la superficie las debilidades y defectos, para que puedan ser erradicados.

Poner la propia vida en manos de Matajī es volverse libre poco a poco de la dependencia de los demás, de las cosas y las ideas, ser liberado de todo tipo de miedo, como el miedo a la inseguridad, a lo que pueda decir la gente, el miedo al fracaso, el dolor y la muerte. Todo se puede perder, Matajī permanece.

Con una manifestación tan rica, diversa y visualmente llamativa como la de Anandamayī, lo importante es no perder el todo en los detalles. Como este texto ha tratado de aclarar, el centro de su vida ha sido tan firme como persistente. Cuando ya no tenía fuerza para contestar a las preguntas de la gente, no tenía más que un mandato: *Bhagaván ke niye thakó* («vivid en la presencia de Dios»). Si ése es el mínimo irreductible de su enseñanza, ella misma nos lo proporciona con un resumen de su vida:

En Puri, le preguntó en cierta ocasión una señora: «Ma, ¿tienes un sentimiento de deber



*Anandamayī en sus últimos años (fotografía del archivo del áshram)*

hacia tu marido? Le miras como tu guru. ¿Son tu marido y todos los demás iguales para ti?». Bholanath estaba sentado cerca. Matajī sonrió y contestó: «Si diera una respuesta veraz a esta pregunta, Bholanath se enfadaría conmigo». Diciendo esto, rió y luego dijo: «Todo el mundo es igual, no obstante, dondequiera que es necesario un modo particular de conducta, ésta se produce. En la infancia mis padres eran mis gurus. Después me presentaron a mi marido como guru. En esa época había un fuerte sentimiento de *gurubhava* hacia mi marido. Hoy veo al universo entero como mi guru. También tú eres mi guru. Todo es Su forma. No hay nada más que el Uno».

Se dice habitualmente que la muerte física es la unión última con la Fuente de la Vida, o la vuelta al Fondo de nuestro ser. Para Anandamayí no existía ninguna separación del Uno, de manera que dejar el cuerpo no era *nada especial*, probablemente por eso decía que lo dejaría de «la más ordinaria de las maneras ordinarias». A principios de 1982, a los ochenta y seis años de edad, había realizado el duro viaje desde Kankhal, cerca de Hardwar, en las estribaciones occidentales del Himalaya, hasta Calcuta, y luego el regreso. Mientras estaba en Bengala visitó Agartalá, no lejos de su lugar de nacimiento. Pero parecía estar con una salud debilitada cuando fue visitada por Su Santidad Sri Shankaracharya de Sringeri Math en julio de ese mismo año. Cuando él le deseó ardientemente que se pusiera bien pronto, ella contestó: «Baba, este cuerpo no está enfermo en absoluto. Lo que sucede se debe a la llamada del No manifestado. Todo lo que has observado se debe a eso». Unos días después, la primera ministra, Indira Gandhi, acompañada de su hijo Rajiv, su nuera Sonia y sus nietos, le rindieron una breve visita. Matajī se sentó durante unos pocos minutos, pero ésta fue la última vez que lo hizo con unos visitantes. En su último día de luna llena, dio *diksha* por última vez, diciendo: «Este cuerpo se dio *diksha* en este mismo día», el 3 de agosto de 1922. La mañana del 27 de agosto las jóvenes que la atendían la escucharon pronunciar «Narayan Hari» varias veces en voz baja. Ésas fueron sus últimas palabras. Aquella tarde, abrió súbitamente los ojos y miró con plena atención durante aproximadamente un minuto. A las 7,45 de la tarde abrió los ojos y miró hacia arriba. Pocos minutos después, expiró.

El cuerpo de Matajī fue llevado a la galería delantera del áshram, y una inmensa multitud llegó para el *darshan*. Vino gente de todos los lugares de la India, por avión, tren, autobús y coche, algunos andando más de un día y una noche. Su cuerpo fue entonces llevado en un vehículo abierto desde el áshram de Kishenpur a otro en Kankhal. Desde Hardwar en adelante las multitudes se apiñaban en carreteras y azoteas para un último *darshan*, lo que continuó durante toda la noche y la mañana siguiente en el áshram de Kankhal.

Matajī no había dejado ninguna instrucción, ni siquiera ninguna sugerencia sobre lo que se debía hacer con su cuerpo. Aunque no era una *sannyasi*, los rituales relacionados con su *Mahasamadhi* se realizaron según los deseos unánimes de todos los superiores de las órdenes religiosas que se habían reunido en cónclave para la ocasión. Se adhirieron estrictamente a los mandatos escriturarios para cuando un *sannyasi* deja su cuerpo. El cuerpo de Matajī fue colocado dentro del *samadhi*, revestido con losas de mármol blanco, en postura sedente. Quinientas libras de sal de roca se pusieron en la cavidad, y se colocó una losa de mármol en la parta alta como cubierta. Una gran reunión de dignatarios estuvo presente en los últimos ritos, encabezada por la primera ministra Gandhi. Después, se ha construido una capilla de mármol blanco elegantemente rematada sobre el *Mahasamadhi*.